

VIAJE, CONOCIMIENTO Y UTOPIA EN EL ARGONAUTA

Marieta Cantos
Universidad de Cádiz

Aunque la tradición de la literatura de viaje es antigua en Europa, lo cierto es que en el siglo XVIII su cultivo se ve favorecido debido a que la exploración de otras tierras, de otros países, se convierte en una especie de expedición y conquista a escala individual, no ya exclusivamente con propósitos económicos sino también intelectuales. El hombre ilustrado desea ampliar el horizonte de sus conocimientos y sobre todo sus experiencias para poder reflexionar sobre sí mismo y su patria, sobre el individuo y la sociedad.

Igualmente impulsada por el aliento didáctico que caracteriza al siglo, la prensa será un género que cobre una relevancia fundamental; especialmente por su carácter de transmisora, de difusora del nuevo mensaje, del aire renovador que alienta las empresas de los reformadores ilustrados. En opinión de Aullón de Haro, es hacia la segunda mitad del siglo cuando se produce “el asentamiento de la forma y la producción modernas de las publicaciones periódicas”. Y es en medio de este auge del periodismo, de especial incidencia en la ciudad de Cádiz, donde hay que situar la publicación de *El Argonauta Español* (1). El propósito del presente trabajo será el de analizar la miscelánea de materiales contenidos en esta publicación que de alguna u otra manera convergen en el motivo viajero.

Como ya he señalado en otra ocasión (2) este periódico está concebido como un viaje imaginario; y así lo declara el autor en la carta que dirige al “Señor Público”, donde a modo de prospecto, declara que “sale á una expedición más famosa que la de los Argonautas”, ya que “se ha propuesto imitar á aquellos memorables Griegos, bien que en solicitud de otro vellocino de oro, tres veces más interesante (...), el viage es á todo y por todo el mundo, por mar y por tierra, desde el centro á la superficie, y por todas las regiones aun las más lejanas de

(1) Para una mayor profundización sobre el carácter de este periódico véase mi comunicación “Orden y transgresión en la España ilustrada: la visión de *El Argonauta*, presentada al VI Encuentro “*De la Ilustración al Romanticismo*”, organizado por la Universidad de Cádiz en octubre de 1991.

(2) *Idem*.



nosotros, como son los Cielos, y cuerpos celestes: la mayor gracia está en que se debe efectuar sin navío, ni globo aerostático (...)" (3). Y, continuando con la alegoría viajera, promete al público que le dará noticia de cuanto considere interesante, no sin advertirle antes que no será el suyo un informe diario, sino semanario.

En realidad lo que a continuación se ofrece al lector es una serie de discursos, cartas, noticias y otros escritos curiosos, que efectivamente el autor publicaba semanalmente. Lo que el autor está proponiéndole con este viaje es un itinerario didáctico, una peregrinación instructiva al modo de la que ofreciera Gracián en su *Cratilo*, si bien en molde formal diferente y con fines no del todo semejantes aunque sí afines.

El título de la obra que nos ocupa, *El Argonauta*, está cargado de resonancias viajeras; nadie olvida aquella expedición de Jasón en busca del codiciado vellocino de oro, a la que el autor –acaba de verse– cita en su prospecto; y en los diferentes escritos que componen el semanario él mismo se presenta al lector con los nombres de “el Argonauta” o “el Bachiller Argonauta”, y sólo en la portada se afirma que su autor es el Bachiller D.P. Gatell. Pero, a pesar de tantas alusiones a la famosa aventura griega, no es este un libro de viajes ni una epopeya, nos encontramos ante una obra periodística, si bien es verdad que guarda, por las mismas características del género al que pertenece, ciertos paralelismos con esos relatos, que tanto proliferaron en el siglo XVIII. Y es que –a continuación se comprobará– son muchos los aspectos en que ambos géneros concurren.

Francisco García Tortosa en su libro *Viajes imaginarios en el siglo XVIII y su fondo cultural* afirma que el género por él abordado es de naturaleza híbrida “en cuanto que participa de manifestaciones del espíritu tan distintas como el relato de aventuras, filosofía, astronomía, crítica, etc.” (4). Ese mismo carácter mixto es el que define a una obra periódica como la que aquí se está considerando (5), y, a excepción del relato de aventuras –aunque el artículo que veremos a continuación, en parte, lo sea–, todas las demás materias han tenido cabida en *El Argonauta*; la aventura que emprende el autor hacia tierras ignotas lo es, gnoseológicamente hablando, para la mayoría de sus lectores, pues lo que pretende el autor es descubrirles aquellas parcelas del saber que ellos no han podido explorar aún, y es en esa empresa en la que pretende embarcarles.

Otro punto de convergencia con los libros de viajes es el tema de la utopía, ya que como advierte García Tortosa “en una gran parte, los viajes imaginarios

(3) *El Argonauta Español, periódico gaditano en el que se corrigen por un estilo jocoso los actuales abusos en todas clases de materias, y al mismo tiempo se suministran pensamientos interesantes á el mayor progreso de las Ciencias, Artes, Agricultura y Comercio, é igualmente noticias curiosas, anécdotas &c. Obra útil, deleitable, e instructiva a todas las personas de ambos sexos. Ridiculum acrí dulcius.* Autor el Br. D.P. Gatell. Con licencia en Cádiz, año de MDCCXC.

(4) Universidad de Salamanca, 1973, p. 11.

(5) También en el periódico *El Censor* existe un discurso similar, el número LXXV, sobre la tierra de los *Ayparchontes* que también adopta la forma del “viaje imaginario”. Cf. García Pandavenes, E. (ed.), *El Censor* (1781-1787), Labor, Barcelona, 1972.

son construcciones utópicas (...) que se publican en el siglo XVIII a raíz del malestar engendrado por el reajuste económico y social de la Revolución Industrial” (6). De entre los varios discursos que componen el periódico, el XVIº, perteneciente al nº 8 del periódico –discurso que se continúa en el nº 17–, es una exposición utópica inserta en el marco de un “viaje a la Luna”. Pero, no por esto debe pensarse que lo que el lector se va a encontrar es un relato minucioso del itinerario seguido por un posible “aeronauta” ya que el interés del discurso se desplaza desde el viaje a la sátira y de esta a la exposición utópica. Esta conexión entre elementos críticos y utópicos también es constatada por García Tortosa en muchos viajes imaginarios (7). Nueva coincidencia que no hay que pasar por alto es el hecho de que el punto de destino de “El Argonauta” (8) sea el del satélite terrestre. Recuerda García Tortosa que a raíz de que Newton publicara su *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*, muchos de sus divulgadores aplicaron “sus teorías a los problemas de navegación aéreos” y de esta manera volvió a ponerse de moda en el Dieciocho el tema de la luna (9). Curiosamente en algunos de sus escritos el Argonauta cita los descubrimientos físicos de Newton y dedica por entero el discurso XXIIº a disertar sobre Astronomía.

Volviendo al discurso XVIº, lo que plantea el autor de *El Argonauta* es, en esta ocasión, una reflexión moral sobre la impudicia de las mujeres en el vestir: al alunizar el Bachiller en una de las ciudades más populosas del satélite, es recibido amorosamente por sus habitantes, que le enseñan el idioma lunar. Traba allí amistad con el “Filósofo Moralista, el más sabio de aquel Planeta” (10), con el que tiene ocasión de departir acerca de las costumbres de los habitantes lunares. En uno de sus paseos con su nuevo amigo por una alameda, tiene la oportunidad de contemplar a las señoras que concurren a dicho lugar de recreo y observa el recato y la modestia con que se atavían. El Filósofo Moralista le manifiesta que dicha conducta se debe a que el mayor deseo de las mujeres es “manifestar que son propias para el matrimonio, para el gobierno de la casa, y para criar hijos honrados para la República” (11).

Lógicamente el Bachiller no puede sino comparar esta situación como opuesta a la que se vive en la tierra, y extrañado del hecho el Filósofo le inquiere sobre la opinión de los hombres al respecto y su conducta para con las mujeres

(6) *Op. cit.*, p. 115.

(7) *Ibidem*.

(8) El mismo al que se dirigía el protagonista del libro de Savinien de Cyrano (autor más recordado como Cyrano de Bergerac), titulado *El otro mundo o Los Estados e Imperios de la Luna*, publicado póstumamente en 1675 y conocido como *Viaje a la Luna*.

(9) *Op. cit.*, p. 136.

(10) “Discurso XVIº. Aventura magna del Bachiller”, p. 57.

(11) *Idem*. p. 58.

A este respecto pueden recordarse las palabras de Jovellanos en su “Elogio a Carlos III”, que alentaba a las mujeres para que educaran hijos para la patria. Puede consultarse este texto en el nº 1 de la revista *Cuaderno de Ilustración y Romanticismo*, Universidad de Cádiz, 1991.

liberales. El Bachiller no tiene más remedio que contestarle que en nuestro planeta los hombres, lejos de reprenderlas incluso las incitan a observar tales licencias. Así pues, Bachiller y Filósofo no podrán menos que coincidir en que del insensato comportamiento de las mujeres tiene buena culpa la no menos irresponsable conducta de los hombres (12).

En el periódico nº 17 el Argonauta continúa escribiendo sobre sus observaciones en la República de la Luna, en esta ocasión para mostrar la necesidad de que se conserven las diferencias entre los diversos órdenes de la sociedad. En este sentido afirma el Filósofo:

“En ningún caso es laudable la confusión, y mucho menos en el de que se trata.

Es verdad que todos somos unos, como sucederá allá en sus Países: más en don dándome Vm. separación y división de órdenes, crea Vmd. que no es posible que subsista la especie humana” (13).

Insiste el Argonauta en que hombres y mujeres deben vestir de acuerdo a su condición y que no deberían permitirse los vínculos entre personas de distinto estado. Merece la pena reproducir el diálogo donde se plantea esta cuestión entre el Filósofo y el Argonauta:

“(…). ¿Acontece allá –inquiere el Filósofo– que una niña de baxo nacimiento case con un sugeto “de superior gerarquía, ó lo contrario?

Muy frecuentemente, y casi todos los días.

¿Qué me dice? ¿Podrá darse mayor desacierto? ¿Y se permite eso?

Le diré a Vm. las leyes lo prohíben en ciertas circunstancias; mas son tantos los pleytos; que siempre lo considero inaccesible.

Bueno es; pues acá se daría por nulo todo matrimonio que no fuese con iguales partes.

Acá viven los padres bien descuidados en esa parte. Es preciso que Vm. sepa que allí en la tierra la Religión no distingue de calidades; pero aí entran las leyes del Príncipe, que aunque no pueden derogar las de la Religión, en ciertos casos y circunstancias pueden modificarlas, y mucho mas si fueren puramente Eclesiásticas (14).

En este punto no puedo responder a Vm. mas sí le diré que hay leyes para conservar el orden en lo concerniente á matrimonios.

Dexemos esa materia, porque podría deslizarme casualmente” (15).

El Argonauta aparenta querer olvidar las palabras bíblicas y atribuye a la Igle-

(12) El problema de la situación de la mujer y su deseo de independencia respecto del hombre también se tratará en la prensa decimonónica bajo la forma de un “viaje imaginario”. Cf. *Noticioso del Pueblo*, Cádiz, 10 de diciembre de 1836.

(13) P. 130.

(14) También el autor de *El Censor* señala que en el país de los *Ayarcobantes* los sacerdotes no tienen otra competencia sino la religiosa. Cf. García Pandavenes, *op. cit.*, p. 147.

(15) Pp. 130-131.

sia lo que considera poco menos que “manías igualitarias”. Parece mostrarse partidario de la preeminencia de la monarquía en los asuntos sociales, que no afectarían a los dogmas religiosos. La separación de los estamentos era un tema de vital importancia en opinión de los ilustrados y esto se ponía en peligro con cierta frecuencia –recuerda René Andioc (16)– a causa de los matrimonios desiguales contraídos en contra de la voluntad de los padres o a escondidas de los mismos. Hasta tal punto pudo llegar a ser problemática la situación, que Carlos III dictó una pragmática –la del 23 de marzo– en 1776 por la que se obligaba a que los hijos menores de veinticinco años solicitaran el consentimiento de los padres para celebrar la boda e incluso los esponsales “por la gravedad de la **elección de estado con personas convenientes**, cuyo discernimiento **no puede fiarse a los hijos de familia y menores** (...), para (...) atajar con tiempo las resultas turbativas y perjudiciales al Público y a las familias” (17).

Es decir, que el Argonauta expone aquí una cuestión que el gobierno ya se había planteado y había resuelto recordando a los padres sus obligaciones al respecto y reforzando su autoridad. El problema es que, por lo que se deduce del diálogo anterior, los padres no se tomaban muy en serio sus obligaciones en este punto. Lo cierto es que, como puede comprobarse, el autor aboga por una sociedad totalmente opuesta a la defendida por los ideólogos de la Revolución Francesa, y es que no debe olvidarse que este periódico hace su aparición justo en 1790 y que si consiguió salir a la calle en estas fechas fue porque la censura gubernamental no consideró peligrosa su publicación.

Es interesante plantearse ahora si puede considerarse que estos dos discursos “lunares” se incluyen dentro del género utopía. Bertrand de Jouvenel opina que, desde que lo hiciera Tomás Moro, es un rasgo esencial del género utópico que un autor narre “–tan vívidamente como le permita su talento– una visita a un país que es una tierra de felicidad” (18). También se utiliza un procedimiento que Northrop Frye considera típico del género: que un narrador en primera persona logre introducirse en la utopía, que se le será enseñada por un guía, generalmente completamente identificado con su sociedad. Ambos entablarán un diálogo “socrático”, que será el alma de la historia (19). Justamente es esto lo que sucede en los discursos compuestos por el Argonauta, que es el narrador-protagonista logra llegar gracias a un globo aerostático a la Luna y una vez allí conoce al Filósofo Moralista –quien como era lógico está completamente identificado con el sistema que rige en dicha utopía– que le habrá de enseñar el modo de gobierno que ha conducido a los ciudadanos “lunáticos” a la más absoluta felicidad.

(16) “Estudio sobre *El sí de las niñas*”, introducción a la obra de Moratín, Castalia, Madrid, 1990, p. 146.

(17) *Ibidem*.

(18) “La utopía para propósitos prácticos”, en *Utopías y pensamiento utópico*, compilado por F.E. Manuel, Espasa Calpe, Madrid, 1982, pp. 269-286.

(19) “Diversidad de utopías literarias”, en *Utopías y pensamiento utópico*, pp. 55-81.

El viaje se ha utilizado siempre para la crítica de costumbres; así lo hizo Cadalso en este siglo y así lo ha hecho el Argonauta, ya que permite una mayor objetividad, un mayor distanciamiento entre el crítico y el objeto de sus censuras –como afirma Baquero Goyanes la presencia del extranjero permite una perspectiva diferente y menos apasionada de la vida del país propio– (20) y en el caso de la utopía, en su forma más típica, es decir, cuando se trata de la contraposición de dos sociedades, la deseable y la propia del escritor, ese contraste implica necesariamente una sátira de la segunda (21).

De otras peripecias viajeras hace mención el Bachiller Argonauta.

En el nº 23 se presenta como viajero consumado cuando asegura haber navegado durante dieciocho años por mar, para luego hacerlo por tierra. Según afirma, ha atravesado “cuatro veces por diversas partes del Reyno” en coche, calesa o carro. De esta manera se nos muestra como conocedor de otras costumbres, y en este sentido puede permitirse comparar y esta circunstancia es la que lo cualifica para ejercer la crítica.

En otro lugar nos habla de las condiciones de las mujeres de otros continentes, Asia, Africa o América. No puede deducirse de estas referencias que haya conocido todos estos lugares. La mención posiblemente despertaría en los lectores de su periódico toda una serie de resonancias exóticas y por otra parte, en esta ocasión el Argonauta lo que pretende es que la mujer española se dé cuenta de la libertad que goza por el hecho de ser europea, mientras sus congéneres de otros países no sólo son menos libres sino que la mayoría de ellas están sometidas a sus maridos, esclavizadas por ellos.

En todo caso, el autor es siempre consciente de la importancia del viaje en cuanto que se constituye en modo de acceder a territorios ignorados y por tanto se convierte en fuente de saber. Por eso, en el discurso titulado “Navegación” defiende que gracias al arte de navegar se han alcanzado multitud de conocimientos nuevos en Geografía, Historia, Artes, Ciencias (22) y reclama un mayor interés para esta arte y, sobre todo, una mayor aplicación al estudio de la “Juventud Española Navegante” para que no se limiten a utilizar los métodos antiguos y desprecien los nuevos medios de navegación que se van descubriendo, pues “este es el medio para que progrese más según se desea” (23).

Otro tipo de escritos tienen relación con los que hemos comentado anteriormente, pues aunque no tienen carácter estrictamente viajero coinciden en su propósito de presentar otros mundos con fin didáctico-moral: se trata de aquellos que se presentan bajo la apariencia de sueños. En el discurso XXI, titulado “Medicina” narra cómo se vio en sueños cual un enloquecido don Quijote “con la

(20) “Perspectivismo y crítica en Cadalso, Lara y Mesonero Romanos”, en *Perspectivismo y contraste*, Gredos, Madrid, 1963, pp. 11-41.

(21) Esta misma idea la comparte N. Frye en el artículo citado.

(22) Nº 24, p. 186.

(23) *Idem*, p. 188.

diferencia de que si al Caballero de la Triste Figura le habían trastornado el juicio los descomunales libros de Caballería, al Bachiller los de la medicina” (24) y que en su biblioteca se había producido una quema al igual que la realizara el Cura en la de don Quijote. A partir de aquí expone al lector sus ideas sobre cuáles son los médicos que verdaderamente han contribuido al avance de la Medicina, exclusivamente aquellos cuyos autores se basaron para sus dictámenes en la observación de la naturaleza.

También el último número de los que componen *El Argonauta*, el 26, contiene un sueño que se presenta como “Una de las grandes aventuras del Bachiller”. En esta ocasión es la Sibila Eritrea quien se aparece al Argonauta para conducirlo, después de cruzar un lago “lóbrego y nada alegre” (25) hasta un palacio en uno de cuyos salones aparece el Dios Plutón sentado en su trono en medio de un patio lleno de personas que resultan ser escritores. Plutón pretende dirimir si el XVIII es acreedor del epíteto de ilustrado con que “muchos de allá del mundo creen y llaman á este siglo” (26), para ello hacer pasar por un alambique los escritos de autores como “Rouseau” (sic), “Volter” (sic), “Marmontel” (sic), “Alembert” (sic) y de muchos escritores españoles de los que sólo especifica que son “los mas de Madrid”, sin excluir los del propio Argonauta a quien ha hecho venir Plutón para que comparezca como juez y publique sus conclusiones al universo. De la operación sólo resultan “muchos espíritus volátiles, de que constaban los cerebros de tantos Autores”, espíritus de los que “seguramente se debe temer alguna peste, pues serán tantos los malos vapores que exhalan, como las malas consecuencias que se han visto y vén en el mundo (...)”.

De este último número puede deducirse que el espíritu crítico del autor no se detenía ni ante sus propias obras, pero también se extiende al resto de los escritores, pensadores y filósofos de España y del extranjero; en definitiva, a toda su época. No es extraña esta actitud en los autores del XVIII, pero quizás sí es llamativo que se cuestione la validez de los propósitos ilustrados: si tantos y tantos afanes por instruir, por educar a la humanidad no han sido no sólo inútiles sino incluso perjudiciales, si en verdad no fue el sueño de una minoría con una vanidad sin límites.

En *El Argonauta*, Gatell ofrece su visión de lo que debe ser el orden social, y este es el fin que persigue al señalar los abusos y errores que lo dañan. Se trata de descubrir el negativo para que, una vez vaciada de sus vicios, pueda caminar la sociedad española hacia la ansiada felicidad, acercarse un poco a la utopía lunar. No es la primera y única vez que el autor muestra sus intereses filosóficos, pues en otras obras como las de *La moral de Don Quijote*, *La moral del mas famoso Escudero Sancho Panza*, o las *Instrucciones económicas y políticas, Dadas por el famoso Sancho Panza, Gobernador de la Insula Barataria, a un hijo suyo apoyándolos con refranes castella-*

(24) Número 12, p. 89.

(25) P. 201.

(26) *Idem*, p. 203

nos... (27) ya se perciben sus inquietudes por estas cuestiones. Sin embargo lo que distingue al periódico de estas publicaciones es que el autor abandona el mundo literario de Cervantes y su también utópica ínsula Barataria, para situarse en el aquí y en el ahora, en el mundo que le ha tocado vivir, aunque ese situarse sea un moverse de aquí para allá para conocer los lugares más recónditos de su mundo.

(27) Véase mi artículo citado en la nota (1).